

CAPÍTULO II

EN LA SENTINA

AL oír estas palabras del segundo, el comandante, después de cerciorarse de que aun seguía en su bolsillo la llave del candado, se abalanzó a la puerta de su camarote como un loco. Vilène le detuvo.

—¡Mi comandante—le dijo—, tenga usted cuidado! ¡No salga usted en ese estado! Tenemos el mayor interés en ocultar lo ocurrido mientras sea posible. Bibi no puede éstar lejos y no se nos escapará: le cogéremos; pero debemos procurar echarle mano sin que se sospeche nada. Como decía usted hace unos instantes, «suceden cosas que nosotros ignoramos». El inspector, al que aún no he dicho nada, acaba de comunicarme, en términos en extremo alarmantes, sus observaciones sobre el estado de ánimo de los presidiarios. Se prepara algo, y la desaparición de Bibi tal vez no sea más que el preludio o la señal de lo que se prepara. Ya he dado la consigna al sargento y a los dos vigilantes, que son los *únicos* que saben la verdad y que me han jurado no decir una palabra a nadie. Hagamos nosotros mismos una visita de inspección como si no ocurriese nada. Después

tomaremos una resolución. Obrar de otra manera sería envalentonar a esa canalla y hacer, tal vez, que cundiese el pánico entre nuestros hombres, a los que tanto temor inspira Bibi.

—¡Tiene usted razón!—asintió Barrachón—¡Calma! ¡Pero esto es espantoso!...

—Bajemos tranquilamente al calabozo — dijo el teniente—, *¡y ya veremos!* En el bolsillo llevo mi linterna sorda. Bibi debe de estar en las bodegas. Veamos por dónde se ha escapado.

—¿Y los cadáveres de los celadores?

—Siguen en el calabozo. Yo creo que no debemos trasladarlos a la enfermería hasta esta noche.

—¡Ah—gimió Barrachón fuera de sí—, esto es espantoso! ¿Cómo ha podido suceder una cosa semejante? ¡Vamos!

Y salieron de la cámara afectando en lo posible una actitud indiferente.

—He duplicado los centinelas con el pretexto del estado de excitación de los presidiarios, y por si acaso, he colocado un celador al lado de cada bote—dijo el segundo.

—Ha hecho usted bien; pero no *se atreverá* a presentarse en el puente en pleno día.

—¡Con un hombre como ese nunca sabe uno lo que sucederá! Ahora está armado, se ha apoderado de los revólveres y de las cápsulas de los celadores asesinados. Debemos esperar lo todo.

Bajaron de nuevo a los entrepuentes. Cosa extraordinaria y que les pareció de mal agüero: un silencio increíble reinaba en las jaulas. No se oía ni una voz, ni una palabra. Y nadie se movía desde que, súbitamente calmado el viento,

recobrar el barco su perfecto equilibrio. Tras de los barrotos, los presidiarios, inmóviles, les miraban pasar. Sin embargo, al cruzar la batería inferior, oyóse una extraña risita en la jaula de los *hacendistas*. Vilène se volvió. Cesó la risa. A su espalda un cómitre gritó a través de los barrotos de la jaula:

—¿Has acabado ya de reírte, Trompo? No sé qué tienen hoy—añadió el vigilante—. Hace un momento armaban un jaleo de todos los demonios, y ahora no se oye más que la risa de ese imbécil.

Los dos oficiales siguieron bajando.

Para comprender bien los sucesos que van a desarrollarse y que han de tener por escenario un barco de guerra destinado al servicio de Cayena, es conveniente imaginarse, en sus líneas generales, la disposición de este buque. Cinco líneas paralelas le dividen en toda su longitud; estas líneas son los puentes, que distan unos de otros un metro 80 centímetros. En el primer puente nos encontramos con un laberinto de camarotes, pasarelas, mástiles y chimeneas, en fin, con todo lo necesario, *exteriormente*, para la vida y la marcha del buque. En el segundo vemos los camarotes de los oficiales superiores, los corredores, los departamentos del alto personal de a bordo, los comedores, los camarotes de los pasajeros, de los empleados, etcétera. En el tercero, fuera del recinto destinado a la tripulación y a los vigilantes, no se ven más que hombres apiñados, hacinados en las jaulas, y que tan sólo disponen de cincuenta centímetros cuadrados para moverse; recios barrotos de hierro, junto a los cuales están sentados unos hombres pálidos recogiendo ávidamente algunas migajas

de pan que apenas bastan a calmar un hambre no mitigada por las legumbres secas o averiadas del rancho, por una carne imposible de comer. En el cuarto entrepuente, el mismo cuadro; pero con rostros lívidos de hombres que en su mayor parte ya no sienten hambre porque tienen fiebre. La fiebre contraída por la absorción de un aire viciado que sólo se renueva al pasar por los demás entrepuentes; estos hombres sufren no solamente por la privación de alimentos, sino por la falta absoluta de aire y de luz. Debajo de los calabozos están las bodegas, llenas de toneles y de provisiones, entre las cuales trajinan los despenseros. Más abajo, la cala: aquí no hay animación ninguna, a menos que los pasajeros libres no bajen a reunirse a estos sitios con marineros, vigilantes y celadores.

—Si ha encontrado el medio de esconderse en la sentina o en los pañoles, no le descubriremos tan fácilmente—murmuró el comandante.

—¡Se le acosará! Pero no debe estar muy lejos—declaró Vilène—. Lo principal es averiguar qué rumbo ha tomado. No puede dar diez pasos sin encontrar un centinela. Preparémonos para cualquiera eventualidad.

Amartillaron sus revólveres; el segundo hizo funcionar su linterna sorda, y abrieron la puerta del calabozo, cerrándola inmediatamente tras ellos.

Allí estaban los dos cadáveres, con la lengua colgando y los ojos fuera de las órbitas, y con el cordón de un zapato atado al cuello. Después de examinarlos durante un instante, Barrachón se irguió, estremeciéndose.

—¡Ah, bandido; si le echo mano le mato como a un perro rabioso!

Vilène examinaba el cepo. Barrachón se inclinó junto a él. He ahí el gran misterio... lo absolutamente incomprendible. El cepo permanecía aún cerrado. Las argollas, ensangrentadas, el cepo, el candado, todo estaba tal y como el comandante lo viera una hora antes. ¡Y Barrachón no se había separado de la llave un instante! Pero esto no era nada comparado con la sorpresa que les esperaba. En el calabozo nada podía explicar la huída. ¿Por dónde había salido Bibi? ¡Muy listo hubiera sido quien hubiese podido sospecharlo! En los tabiques de madera no se veía ningún agujero. Las sólidas cerraduras de la puerta, ni por dentro ni por fuera presentaban señales de haber sido forzadas. ¡Y aquel hombre no había podido salir por la puerta, por delante de la cual paseaba un vigilante, ni tampoco podía haberse escapado por el corredor, en donde se hubiera encontrado con media docena más de vigilantes! ¿Cómo se había evadido?

—¡Es para tirarse de los pelos!—rugía el comandante—. ¡Por muy bandido que sea, después de todo no es el diablo!...

—Sí, es el diablo—afirmó Vilène—; pero no por ello adelantamos nada.

Resolvieron interrogar al vigilante, y le hicieron entrar en el calabozo.

El cómitre tropezó con los cadáveres y retrocedió aterrado.

—Son sus compañeros de usted; Bibi los ha matado.

—¡Desgraciados!—jadeó el otro—. ¡Se lo esperaban!

—¡Cómo! ¿Lo esperaban?

—Cuando entraron en el calabozo, Bibi les dijo: «¡Ah,

sois vosotros; *tanto peor para vosotros!*» Y antes de que yo cerrara la puerta, me dijeron: «¿Qué irá a hacernos? ¡Nos prepara alguna mala pasada!» Yo me burlé de ellos; miré el cepo y, señalándoles sus revólveres, les dije: «¿Qué teméis? Tiene las zarpas sujetas y vosotros sois cuatro contra uno.» Y en seguida cerré la puerta.

—¿Y no oyó usted nada?

—¡Nada; no se movieron, no gritaron, no chistaron! ¡Ah, pobres chicos! ¿Pero y el otro, por dónde se ha escapado?

—Escuche usted, Pascaud; yo tengo confianza en usted

—dijo el comandante—. Si se tratase de otro, creería que era cómplice.

—¿Cómplice de qué, mi comandante? ¡Aquí no puede uno ser cómplice de nadie; todos nos vigilamos unos a otros; siempre nos estamos observando unos a otros; yo no he abandonado un instante el corredor; mis compañeros pueden decirlo, y además, aunque yo hubiese abierto la puerta a Bibi, tampoco tendría explicación lo ocurrido. ¡Yo no tengo la llave del cepo! ¿Y cómo ha asesinado a los dos celadores, que estaban armados, y que le vigilaban a conciencia, créalo usted? ¡Habré asesinado yo a mis compañeros! ¡No le falta a usted más que decírmelo!

—¡Silencio, Pascaud; demasiado sabe usted que lo he dicho por decir! ¡No sabemos por dónde se ha escapado!

—Sí—murmuró el celador—, algo hay que decir; ¡pero no se habrá marchado por los aires! ¡Ah, vaya un embrollo; maldita sea!...

Estuvo buscando una salida, un agujero, algo... y, lo mismo que sus jefes, nada encontró.

—¡Esto es increíble!—exclamó, todavía más asombrado

que aterrado—. Pues bien; ¿quieren ustedes que les diga una cosa? ¡En las jaulas lo saben!... Sí, sospechaban algo; esperaban esto, palabra!... Estaban demasiado contentos, demasiado alborotados desde hace veinticuatro horas. Y esta misma mañana lo estaba yo diciendo: «Esto no es natural. ¡Algo se prepara! Hay que estar con cien ojos.» Y si usted me lo permite, mi comandante, voy a darle a usted un buen consejo. *Por ellos* podremos averiguar alguna cosa. ¡Es preciso escucharles!

—¡Ya no hablan una palabra!—dijo el segundo, con su voz bronca y amenazadora.

—¡Oh! Como quien no quiere la cosa, déjeles usted dar su paseo por el puente. ¡Créame usted, allí es donde se enteran de todo lo que pasará... Se me ha metido en la cabeza que durante el paseo es cuando se comunican unos con otros... ¡El caso es que ellos se escriben... y la mayor parte de las veces no es culpa nuestra, mi comandante, se lo juro a usted!... ¡La culpa la tienen los marineros!

—¿Cómo es eso? ¡Explíquese usted! Vamos, Pascaud, es muy grave lo que acaba usted de decir.

—¿Y la muerte de mis compañeros, tiene importancia o no la tiene?... ¡Le digo a usted que la culpa de todo la tienen los marineros y las *mujeres*! ¿Está usted, mi comandante?... Hombres y mujeres están constantemente cambiando cartitas amorosas. Se dirigen miraditas tiernas cuando se ven en el puente, y luego se escriben. ¡Y los carteros son los marineros! Un papel pronto se tira, pronto se desliza entre dos barrotos... ¡*Y las mujeres son las que pagan!*

—¿Cómo?—preguntó Vilène, que siempre había sospe-

chado algo, pero que a pesar de su activa vigilancia no había podido sorprender nada.

—¡Tomal... Pues... para algo están los calabozos...

—¿Los calabozos?

—Sí, los calabozos de mujeres... Hay mujeres que hacen méritos para que las envíen al calabozo, *sólo por charlar a gusto*.

—¡Explíquese usted! ¡Explíquese usted!...

—Pues verán ustedes... No tiene mucho intrínquilis, y, sin embargo, han empleado este ardid en nuestras barbas... Cuando el marinero y la mujer se entienden, gracias a las cartitas, la mujer sabe que lo que debe hacer es arreglárselas de manera que la castiguen por insubordinación, sencillamente... Ahora bien; cuando no hay nadie dentro de los calabozos, éstos están abiertos. Bueno; el marinero se mete entonces dentro y se acurruca en el rincón en que duermen los penados, o más bien bajo las tablas que les sirven para reclinar la cabeza. ¡Traen a la mujer y la encierran con el marinero! ¡Y nada más!

—¡Sabía usted eso, Pascaud, y no nos lo había dicho! ¡Merecía usted pasarse diez días en el cepo! —gritó el comandante.

Pero Vilène le atajó momentáneamente en su acceso de severidad.

—Lo que dice este hombre es en extremo interesante. ¿Cómo llegó usted a descubrir eso?

—¡Ah, lo he visto con mis propios ojos! ¡Y no me sentí muy orgulloso por ello en aquel momento, se lo aseguro a usted, mi comandante. Fué hace unos días; estaba yo encargado del servicio de limpieza, que se hace cada tres días

precisamente, y bajé con mis hombres a los calabozos. ¡Y sorprendí a un delincuente acurrucado todavía en su escondite! (1).

—¿Cómo no le llevó usted a mi presencia? —interrogó Barrachón, enojado.

—¡Ah, porque aquel día, mi comandante, se trataba casualmente de un vigilante militar!

—¡Un vigilante militar! ¡Pues con doble motivo! ¡Usted es jefe! Merecía usted que le degradasen! Va usted a darme su nombre inmediatamente.

—Sí, mi comandante. Se llamaba Francesco, y había nacido en Porto-Vechio.

—¿Francesco? ¿Le conoce usted, Vilène?

—Sí, mi comandante—respondió el segundo—, le conocía. ¡Aquí le tiene usted!...

Al decir esto M. de Vilène empujó con el pie uno de los cadáveres que yacían en el calabozo.

—Ya pagó su delito—gimió Pascaud—. ¡Ahora ya puedo denunciar al desdichado!... ¡Pero, seguramente, no hubiera hecho eso si los marineros no le hubiesen enseñado el camino! ¡También él quiso aprovecharlo! ¡Ah, es espantoso! ¿Cómo ha podido suceder semejante cosa?... Y ahora ya recibió su castigo. Yo le decía: «Ten cuidado, Francesco, te traerá mala suerte el andar en tratos con las presas.» Pero él estaba muy encaprichado y se daba tonos de conquistador cada vez que las necesidades del servicio le llevaban a la jaula de las mujeres. Mire usted, había una a la

(1) Para estar al tanto de las estratagemas empleadas y de todo lo que pasa en los barcos destinados a conducir a los presidiarios, véase el libro *Recuerdos de un fugado de Numea*, por Aquiles Ballier.

que jamás dejaba de decirle una palabrita amable o de hacerla un regalito. Ahora que ya ha muerto, puedo decirlo... era esa loba de ojos negros, ya la conoce usted, la mujer del Kanak. ¿No, no la conoce usted? Bueno, aquí la llaman *la Condesa*. ¡Precisamente la acaban de bajar ahora!

—La mujer que le arañó a usted antes, mi comandante—indicó Vilène.

—¡Ah, sí; una verdadera loba!...

—¡Calla—exclamó Pascaud—, no tiene más remedio que haber oído algo! ¡Está encerrada en el calabozo de al lado!...

Por orden del comandante, salieron inmediatamente del calabozo de Bibi y abrieron el de la Condesa. Dentro reinaba un silencio absoluto, y la presa no daba señales de vida. Asombrados, y cada vez más inquietos, registraron todos los rincones del calabozo. ¡No estaba la Condesa!

—¡Esta sí que es buena!—exclamó el celador.

El teniente no respondió, sino que levantó con precaución la tabla que servía de cama de campaña, y acercando la linterna, que proyectó un haz de luz sobre el suelo, señaló al comandante un agujero lo bastante grande para que pudiera deslizarse por él una persona.

Barrachón y el sargento iban a lanzar un grito, pero un gesto enérgico del segundo les hizo callar.

Vilène apagó inmediatamente la luz, y los tres salieron de puntillas. Cerraron la puerta sin ruido. Los celadores que estaban de guardia en el corredor, llenos de curiosidad por estas idas y venidas, interrumpieron sus eternos paseos.

—¡Pero anden ustedes! ¿Qué esperan?—les dijo Vilène.

Los vigilantes tornaron a golpear las tablas con sus recios zapatos.

Barrachón comprendió: era preciso evitar, en lo posible, que *los de abajo* se creyesen descubiertos. Los tres opinaban que se habían escapado por allí.

No podían concebir cómo se había deshecho Bibi de los dos celadores y cómo se había reunido con la Condesa; pero no dudaban de que los dos presos habían seguido aquel camino, y ya no pensaban más que en echarles mano. Por aquel agujero se bajaba a los antiguos pañoles de municiones, transformados en almacenes de mercancías, y que poco a poco habían ido llenándose de fardos destinados al comercio de Cayena. Si los fugados encontraban allí un rincón donde esconderse, no les duraría mucho la libertad, porque se verían fatalmente acorralados y descubiertos.

Tratarían de sorprenderles bajando por la escala, pues no había que pensar en hacerlo por el boquete del calabozo. Podían deslizarse por allí todos los hombres de la tripulación, y todos serían asesinados uno a uno. Bibi no acostumbraba a dormirse en las pajas.

Dejándose guiar tan sólo por su valor, el comandante mandó que abrieran la escalera inmediatamente; pero Vilène le hizo desistir de ello, y entonces reclamaron la presencia de diez vigilantes, los cuales, sin el menor misterio, bajaron al entrepuente conducidos por Pascaud, que había ido a buscarlos como si se tratase de un acto del servicio ordinario.

Les había recomendado sencillamente que llevaran sus fusiles, cosa que a nadie podía chocar, porque todos iban

armados en aquel infierno flotante. Los presidiarios vieron pasar a aquellos hombres como los veían pasar todos los días, a todas horas, sin manifestar el menor asombro, la menor curiosidad. Sólo en la jaula de los hacendistas, el llamado Trompo, hombre risueño y que practicaba la quiebra fraudulenta como profesión, dejó oír aquella risita extraña e insoportable que exasperaba a los celadores. El comandante reveló la verdad a los vigilantes; todos se miraron con terror. ¡Iban a habérselas con Bibi, que estaba armado y que se había refugiado en el antiguo pañol de municiones, después de haber asesinado a dos de sus compañeros! Claro está que ardían en deseos de vengarlos; ¡pero vaya una tarea que les había tocado en suerte! ¿Qué era lo que debían hacer? El plan, en extremo sencillo, demasiado sencillo, que les expuso el comandante, no les hizo gracia. Si Bibi, al verse descubierto, se entregaba sin resistencia, respetarían su vida. Se le juzgaría con arreglo al reglamento, y con arreglo a la ley se le ejecutaría. ¡Si se defendía, no habría cuartel! Le matarían en el acto.

—¿Tiene usted alguna otra cosa que proponer, querido Vilène?—preguntó el comandante, volviéndose hacia su segundo, por efecto de una costumbre y de un sistema que le hacía consultar siempre a sus subordinados acerca de las medidas que debían tomarse, aun tratándose de las más graves.

Y no era porque el excelente hombre careciese de iniciativas o tratase de rehuir responsabilidades, sino porque quería que sus subordinados viviesen como «en familia», como él decía, y «bajo la égida de una disciplina completamente paternal».

G A S T Ó N L E R O U X

Vilène se consumía. Pensaba, con razón, que estaban perdiendo tiempo; pero puesto que le pedían su opinión, se dispuso a darla.

—Bibi se defenderá, no probablemente, sino seguramente. ¿Qué ganaría respetando nuestras vidas? ¡Absolutamente nada! Ya sabe lo que le aguarda. Es una fiera; sólo pensará en una cosa antes de morir: *en enviar por delante a todos los que pueda*. Para que no se salga con la suya, procuremos no exponernos inútilmente. Yo creo que una vez abierta la escotilla debemos empezar por *despejar el terreno*. ¡Una descarga general en torno a la escala y tan brusca como sea posible, y en seguida al pañol!

El comandante replicó:

—Yo bajaré el primero, intimándole la rendición, y ustedes me seguirán.

—¡Está bien, mi comandante.

En cuanto a los vigilantes, la aventura les hacía temblar literalmente de pies a cabeza; tal era el terror que Bibi les inspiraba. Vilène, entretanto, pidió algunos faroles, porque cada hombre debía llevar uno para poder alumbrarse.

El teniente se llevó a Pascaud aparte, y le dijo:

—¡Usted está de guardia aquí, y aquí debe quedarse! Vigile *en silencio* el agujero con dos de sus hombres. Si Bibi y su compañera intentan escapar por ahí, cumpla usted con su deber.

Pascaud respondió con voz ronca que podían contar con él. En el momento de abrir la escotilla el comandante advirtió a los vigilantes que Bibi no estaba solo, sino acompañado de una mujer, cuya vida debían respetar, siempre que fuera posible.

B

I

—¡Como no pienses más!—refunfuñaron los celadores al saber que se trataba de la Condesa.—¡Quizá sea peor que el otro!

Abrieron la escotilla en medio de un gran silencio. El comandante bajó rápidamente los primeros peldaños, agarrándose a la cuerda de la escala con una mano y empujando con la otra su revólver.

—¡3.216, ríndete!—gritó con voz firme.

La luz de los faroles sólo iluminaba una pequeña parte del pañol, en donde se veían montañas de fardos hacinados, cuidadosamente alineados a ambos lados del puentecillo llamado pasarela de la sentina, que arrancaba de la escala. A pocos pasos de allí las tinieblas eran más opacas, y en todo el pañol reinaba el más pavoroso silencio. Nada le turbaba, ni siquiera el rumor de la respiración de los doce hombres en lo alto de la escala. La vida de todos parecía como suspendida ante aquel agujero negro, ante aquel antro misterioso, en donde la muerte les acechaba.

Y el comandante permanecía allí, a pecho descubierto, expuesto a las balas del terrible Bibi y de la loba, su compañera.

—¡Cuidado—gritó de repente el segundo—; cuidado, mi comandante! Me parece que algo se mueve allá abajo, detrás de ese fardo.

No fué necesario dar la orden de fuego. Una detonación infernal atronó el pañol. Eran los vigilantes militares que disparaban por encima de sus jefes, en la dirección del fardo indicado.

El comandante y el segundo bajaron de un salto. Los celadores les siguieron, y durante un instante permanecie-

ron inmóviles detrás del comandante, que les cerraba el paso con los dos brazos extendidos.

Los faroles que los vigilantes llevaban en la mano hicieron retroceder las tinieblas algunos metros a lo largo de la plataforma central, por sobre los fardos.

Y las tinieblas, extinguidos ya el estampido y el sordo eco de las detonaciones, tornáronse tan mudas, tan misteriosas, tan amenazadoras como siempre.

Barrachón repitió entonces su intimación:

—3.216, ¿quieres rendirte?

Pero, sea que no pensase en rendirse, sea que no oyese, el 3.216 no contestó.

—¡Adelante—ordenó Barrachón—, y registradlo 'todol
Los vigilantes se precipitaron tras de sus jefes.

En el fondo, el registro del pañol no era tan complicado como a primera vista pudiera creerse. Estaba todo tan apiñado, que ni siquiera hubiese sido posible deslizar un dedo entre dos fardos o entre dos cajones. La estiba había sido hecha científicamente, de manera que no pudiera sobrevenir accidente alguno a la mercancía.

Por orden de Vilène, que permanecía de pie, los vigilantes se deslizaron de rodillas a lo largo de las pasarelas, recorriendo a cuatro patas, como los animales, los tabloncitos colocados sobre los vanos.

La pasarela formaba una cruz; dos brazos cortaban el buque de babor a estribor; los otros dos de proa a popa. Poco tardaron en recorrer el espacio que quedaba libre en el pañol de proa. No vieron nada, no encontraron nada.

—¡Pues están aquí!—exclamó el comandante—. No pue-

den haberse escapado, a no ser que hayan vuelto a salir por el agujero del calabozo.

—¡Imposible!—declaró Vilène.—Pascaud está arriba con dos hombres.

—¡Entonces no han podido escapar! Sigamos buscando. El pañol no tiene otra salida; todo está cerrado. ¡Están aquí!

Apartaron algunos fardos que no guardaban, al parecer, la alineación debida; pero no descubrieron nada, y fué preciso colocarlos nuevamente en su sitio. También hicieron rodar con estrépito unos toneles que estaban en un rincón. No había nada detrás.

Vilène era el más activo y lo registraba todo metódicamente. Sus pesquisas no fueron más afortunadas que las de los demás.

De repente se oyó un disparo de revólver y una bala pasó silbando junto al comandante. ¡Todos hicieron fuego! El estruendo era espantoso.

¿Contra quién habían disparado? ¿Hacia qué lado? Fué un verdadero milagro que no se mataran unos a otros.

Sin embargo, un hombre tendido en el suelo, en el fondo del pañol, lanzaba dolorosos gemidos. Precipitáronse hacia él. Tenía un brazo atravesado por una bala, por la bala de un compañero. Explicó que él había sido el primero en disparar; el comandante debía de haber oído zumbar su bala; ¿pero contra quién había disparado? No lo sabía a punto fijo; contra un bulto que se deslizó por entre sus piernas, contra una rata enorme que «había desaparecido por allí, por debajo de aquel tablón». Y levantó el tablón. Entonces descubrieron un boquete que daba acceso a la cala.

—¡Maldición!—gritó el comandante—. *¡Han tenido la frescura de largarse por aquí!*

Esta cala, la sentina del buque, ocupaba su parte inferior, y era un angosto túnel al cual aflúan todas las aguas de a bordo. Cuando se llenaba, la vaciaban con las bombas. En aquel momento sólo estaba llena a medias. Para tomar semejante camino, aun cuando se llame uno Bibi, es necesario ver la muerte muy cerca. El comandante estaba desesperado.

—¡Ahora ya están donde quieren!—le dijo a Vilène con lúgubre acento—. Teniendo por suya la sentina, esos demonios podrán recorrer todo el barco. No será la tarea de abrir boquetes lo que se lo impedirá, y entrarán donde se les antoje. ¿A dónde iremos a buscarlos, sentina arriba, sentina abajo, a los paños? De los antiguos paños de municiones se irán a los paños de carbón. ¡Se pasearán por todo el barco como por su casa, y ya veremos lo que es bueno!

—Por si se encuentran en la sentina, cosa que aún no está probada—respondió Vilène—, podemos disparar al azar algunos tiros de revólver.

Tendido en el suelo, junto al tablón levantado, disparó varias veces, y luego esperó, con el oído atento. Sólo oyó el chapoteo del agua, y, levantándose, dijo:

—Habrà que vaciar la sentina para encontrar a ese tuante.

Y agrupó a sus hombres al pie de la escala. El que tenía el brazo atravesado por una bala se quejaba como un niño. El comandante le hizo callar.

—Irà usted a la enfermería, hijo mío, y allí le pregunta-

rán... A estas horas todo el mundo debe de estar enterado de lo que sucede. A los que le pregunten les dirà usted que Bibi ha muerto. ¿Han comprendido ustedes?

—Sí, sí—respondieron los vigilantes—; puede usted contar con nosotros, mi comandante. *¡No se alegrarían poco los presidiarios si supiesen lo que pasa!*

CAPÍTULO III

SOR MARÍA DE LOS ÁNGELES

BARRACHÓN dejó seis hombres en el pañol, dos de los cuales no debían apartarse del agujero que daba acceso a la sentina.

—Si no han muerto ya, se ahogarán ahí dentro—dijo un vigilante que había examinado de cerca el nivel del agua—; ni siquiera hay sitio para mantener la cabeza derecha, a fin de poder respirar.

—Para mí—observó otro—, que de ahí no salen. ¿Qué queréis que hagan? ¡No irán a escaparse por el tubo de las bombas!

El comandante y el segundo se reunieron con Pascaud en el calabozo de la Condesa.

—¿Qué—preguntó el sargento—, concluyó todo?

—¡No! No le hemos encontrado—respondió Barrachón luego que hubo despedido a sus hombres—. Pero he mandado a los vigilantes que difundan la noticia de la muerte de Bibi, para que nadie se alborote.

Pascaud encontró muy acertada la medida, «a causa de los presidiarios».

Y usted, ¿no ha descubierto nada?—interrogó Vilène.

El sargento movió la cabeza.

—Que ella se haya escapado—dijo—, se comprende, puesto que en el calabozo hay un boquete; *pero lo que convendría averiguar es por dónde ha salido el otro*. Miren ustedes, he estado examinándolo todo... Pues bien; no hay comunicación ninguna, ¿no la hay! El calabozo de Bibi sigue como cuando él se hallaba dentro. De modo que... ¡Aquí debe de haber algo de prestidigitación, o de hechicería, no hay otro remedio!...

En el calabozo de Bibi tornaron a encontrarse ante los dos cadáveres y ante el mismo problema. Y no adelantaron un paso. Después de mandar cubrir con una lona los dos cuerpos y de dejar junto a ellos dos faroles, que debían hacer las veces de blandones, el comandante y Vilène subieron a cubierta. En todo el *Bayardo* no se hablaba más que del importante acontecimiento, *de la muerte de Bibi*. Le habían fusilado en la sentina, en donde intentara refugiarse con una presa, la mujer del Kanak. Esta estaba herida. Y se daban detalles: se había defendido como una leona. En la imaginación de la tripulación, la Condesa, en efecto, cambiaba, según las circunstancias, de *personalidad animal*. Tan pronto era como una loba (por lo salvaje), como una tigre (por su ferocidad), como una leona (por su valor).

Entre los grupos de los empleados que iban a tomar posesión de sus destinos, y entre las familias de los vigilantes, que se reunían durante el día a popa, en la toldilla, era principalmente en donde los chismes de a bordo adquirían proporciones desmesuradas. Aquel día ni cantaban las mu-

eres ni jugaban los niños: sólo se oía el nombre de Bibi repetido por todas las bocas. La toldilla era el único rincón alegre de aquella ciudadela flotante, en donde, por otra parte, los ojos no veían más que rejas, fusiles, uniformes, revólveres y gorras más o menos galoneadas. La noticia de la muerte de Bibi fué acogida con inmensa satisfacción. Se contaban tantas cosas del bandido, que las pobres mujeres sintieron una alegría vivísima al pensar que ya podían considerarse libres de él: se alegraban por ellas y por sus maridos.

Estaban al tanto de todas las particularidades concernientes a los presidiarios, y los conocían por haberles examinado con curiosidad cuando subían por tandas a respirar el aire libre y paseaban por la proa, bajo la eterna amenaza de los fusiles. Seguramente no hubiesen confundido al Trompo y al Fetiche, aunque ambos fuesen rechonchos y regordetes y llevasen el mismo traje, y *tenían en la punta de los dedos los antecedentes penales* de cada uno de ellos. Estaban orgullosas de hacer el viaje «con hombres célebres, cuyos nombres habían aparecido en todos los periódicos», y cambiaban impresiones acerca del aspecto de los más temibles o de los más abatidos. El Bombarda y el Kanak les interesaron durante algún tiempo; pero al cabo, todo cansa. De quien no podían cansarse era de Bibi. ¿Por qué? ¿Porque no le conocían!...

Bibi se había negado siempre a «aprovecharse del permiso de pasear por cubierta» con tanta obstinación, que acabaron por dejarle en paz. ¡Bibi no quería aceptar los favores del comandante!... Bibi permanecía acurrucado en su jaula o en el calabozo, y no quería dejarse ver. Y ahora ya

no le verían jamás, a pesar de haberlo deseado con tanto afán; ¡había muerto!

Cuando el comandante y el segundo cruzaron la cubierta para dirigirse a la caseta de derrota, en donde estaba el alférez Kerrousgouët, de buena gana los hubiesen aclamado. Pero también ellas tenían su disciplina, y se estuvieron calladitas. Hubieran querido saber lo que decían los presidiarios allá, en los *presidios* (así llamaban ellas a las jaulas, empleando el lenguaje administrativo); *pero los presidiarios no decían absolutamente nada.*

Continuaba el silencio.

Y este curioso silencio era el objeto de la discusión que el comandante, el segundo, el oficial de derrota, el inspector y el vigilante general sostenían en la caseta, en donde se habían reunido para celebrar una especie de consejo de guerra. Barrachón había preferido este sitio a cualquiera otro, porque desde allí dominaba todo el barco, y por las lumbreras podía ver fácilmente cuanto sucedía sobre cubierta.

El oficial de derrota, el inspector y el vigilante general quedaron consternados al saber la verdad... ¡Bibi no había muerto! Estaba oculto en algún escondrijo del buque. Era ya tarde para abrir, como proponía el comandante, todas las escotillas, para levantar todos los tablones de la sentina y hacer bajar al mismo tiempo a todos los vigilantes disponibles y a todos los marineros armados, y para entregarse a una persecución rápida y general, que no podía menos de dar resultado. Aquel plan fué adoptado para ponerlo en práctica el día siguiente a primera hora. Entretanto convinieron en que cada escotilla, cada escala, cada corredor,

hasta aquellos que conducían a los camarotes de los oficiales y de los pasajeros, estarían vigilados toda la noche por numerosos centinelas, y que cuarenta vigilantes, *revólver en mano*, pasearían incesantemente por delante de las jaulas desde aquel momento hasta que fuese de día, lo mismo en la batería inferior que en la superior.

—Si aún hay algún presidiario que crea en la muerte de Bibi, esta medida le tranquilizará—observó Kerrousgouët.

—¡Oh, no les enteraremos de nada que ignoren!—declaró el inspector—. Ahora mismo saben ya perfectamente a qué atenerse, por la sencilla razón de que se enteran de todo lo que pasa a bordo *antes que nosotros*, y para mí esperan algo *en silencio*, algo que nosotros no sabemos lo que es.

—Lo mismo creo yo—aprobó el vigilante general—. Nunca los he visto así. Todas las jaulas han recibido la misma consigna. Cualquiera diría que temen provocar un incidente que precipitaría ese acontecimiento que ellos esperan y que nosotros no podemos prever...

—¿Y qué quieren ustedes que hagan?—preguntó Vilène—. ¡Los cazaremos como a conejos!

—¡Después tendríamos que sentir, y no poco!—observó el inspector.

—¡Bah! Señor inspector—refunfuñó Barrachón—, indudablemente hubiese sido preferible vigilarlos mejor *antes*.

Y sin nombrar a Pascaud, le reveló el secreto de la activa correspondencia que sostenía toda aquella gentuza, gracias a los buenos oficios de los marineros, de las mujeres y del amor. Se dió el gustazo de contarle la aventura del ca-

labozo en que fuera sorprendido el pobre Francesco de Porto-Vechio.

—Eso...—murmuró el inspector, aguantando, rojo como un tomate, el jabón que le estaban dando— eso... ¡Es imposible impedirles escribir a las mujeres; no sé cómo se arreglan! No tienen tinta, ni plumas, ni lápices, ni papel, ni nada. Se les registra, y como si no...; a pesar de ello, escriben. Tampoco se puede impedir que compren botellas de ron. Acabamos de verlo. Mi comandante, no es la primera vez que me suceden estos chascos... ¡Usted no sabe cómo se ha escapado Bibi... ¡Yo no sé cómo han ido a parar a las jaulas las botellas!... ¡Mire usted, *mireles*; en este momento cualquiera lo creería unos benditos!

Y le invitaba a contemplar por la lumbreira la melancólica paseata de los pocos penados a quienes había correspondido subir a tomar el aire.

Precisamente estaban entre ellos el Bombarda, el Kanak, el Fetiche y Rouquin. Durante los contados instantes que les permitieron estar sentados sobre cubierta, bajo las vigilantes miradas de los celadores, bostezaron primero hasta desquijarse, y luego empezaron a «filosofar». ¿Tenían la sensación de que alguien escuchaba cuanto decían? Era imposible que la noticia de la muerte de Bibi, publicada a gritos por los vigilantes de batería en batería, hubiese hecho en ellos tan poca mella; el Kanak decía con indiferencia:

—¡Cuánto habrá sentido nuestro pobre Bibi morir sin volver a presidio! ¡Hace pocos días me hablaba de Cayena, y me ponderaba la alegría con que regresaba a un país en donde, por vez primera en su vida, había disfrutado de un poco de tranquilidad!

—¡Si tan contento estaba allí—observó Rouquin—, no comprendo por qué se escapó!

—¡La culpa de ello la tuvo el oro!—exclamó el Kanak—. Sí; él me lo contó, y ahora yo os lo voy referir, porque, después de todo, tal vez sirva mi relato de consuelo a los aficionados a ese metal. Según parece, en la Guyana hay una mina de oro, una verdadera mina de oro, sólo conocida de los presidiarios. ¡El Estado ha hecho los imposibles para descubrirla, pero que si quieres!.. Entretanto, los deportados explotan la mina en comandita. Cada uno de ellos se larga del penal cuando le toca la vez, va a trabajar al «placer», regresa y obsequia a los amigos. Claro está que, cuando el presidiario vuelve, no se escapa sin unos días de encierro. ¿Pero qué le importa si es rico? Pues bien; un día Bibi volvió demasiado rico, tan rico, que pudo comprar una chalupa y la conciencia de dos vigilantes. Gracias a esto logró hacerse a la mar y regresar a Francia, en donde, según contaba, se aburrió mucho. Quería convertirse en un hombre honrado, pero le fué imposible. Y, además, no tenía un cuarto. Y por esta razón se vió obligado a *trabajar* para reunirse con los compañeros. Pero todo concluyó; ya no volverá a verlos. ¡Pobre Bibi!

Los demás repitieron a coro, suspirando a compás:

—¡Pobre Bibi!

—¡Lo que somos! — dijo el Fetiche después de un instante de silencio, consagrado, sin duda, a la memoria del difunto—. ¡Estaba en la flor de la edad!

—¡Y muy fuerte!—insinuó el Bombarda.

—¡Y muy fuerte; pero ya veis, no supo sobreponerse a su temperamental!...

—¡Todos somos víctimas de nuestro temperamento—dijo sentenciosamente el ex matasanos—. Tú, Bombarda, eres bilioso. Este es el temperamento de los seres sublimes y peligrosos que llevan a cabo grandes hazañas; tus hazañas han sido crímenes, Bombarda; y no es tuya la culpa. Se lo dirás de mi parte a Pateta cuando te llegue la hora de rendir cuentas. Tú, Fetiche, eres linfático, es decir, has nacido perezoso y sin ánimo para nada. Con semejantes condiciones era imposible esperar nada bueno de ti, pobre muchacho, porque tú sabes tan bien como yo que la pereza es la madre de todos los vicios. En cuanto a Rouquin, es un sanguíneo: pasiones vivas, fugaces, ardientes, carácter violento. En fin, sólo hay una cosa que habla en su favor: ¡sus malos instintos!

—¡Qué bien se explica!—dijo Rouquin—. Pero oye, mediquillo, ¿sabes lo que se dice? ¡Que tu Condesa se ha largado con Bibi!

—¡Bendita de Dios vaya!—contestó el Kanak con indiferencia—. Hace tiempo que estamos de monos.

En aquel momento, el Bombarda se había tendido en el suelo, vencido por la pereza, y con la mano oculta por el gorro, que había dejado caer, se ocupaba en deslizar en una hendidura, que descubrió entre dos tablas, un papelito no mayor que un sello.

Terminada la operación, se levantó con la mayor naturalidad del mundo, y entre los empujones de los vigilantes, que los llevaban por delante como un rebaño, los presidiarios regresaron a los entrepuentes.

Soportaban con extraordinaria mansedumbre los gritos y los culatazos de los vigilantes. El Fetiche estaba hasta lí-

rico. Al ver a una pollita que asomaba el pico por entre los alambres del gallinero, exclamó:

- ¡Qué feliz eres; tú siquiera ves salir el sol!
—¡Procura que la cosa dure!—añadió el Kanak.

Y como al bajar el ex médico y el ex pasante, muy corteses, empezaran a discutir sobre «quién había de pasar delante», cada uno de ellos recibió un soberbio puntapié.

—¡Para que os pongáis de acuerdo!—gritó el celador, plantándoles a dos dedos de las narices el revólver, porque se revolvieron, furiosos, al recibir tan grosero insulto—. Y qué—agregó el vigilante—, ¿me enviarán estos señores sus padrinos?...

Toda la «cuadrilla» rompió a reír.

—¡Qué humildes están desde que ha muerto Bibil!—observó un vigilante. Y cerró de golpe la puerta de la jaula, para pillarle los dedos al Fetiche, que suspiraba con los ojos clavados en el techo. Listo como el pensamiento, el Fetiche retiró la mano. ¡Ya era tiempo!

—¡Otra vez será, amigo!—le gritó el Fetiche al vigilante—. ¡Buenas noches, que duerma usted bien! Y se acostó en su hamaca, suplicando a su vecino que no *le enviase a la cala* (1), porque tenía empeño en ver la luz del día siguiente sin deterioro.

Entretanto, sobre cubierta, en el mismo sitio que acababan de abandonar los bandidos, sucedía una cosa muy interesante. El oficial de derrota, M. de Kerrousgouët, se paseaba, en actitud pensativa, desde el gallinero al lugar des-

(1) *Enviar a la cala* es descolgar por un extremo la hamaca para que el durmiente rueda por el suelo.

tinado a las reses, ya levantando los ojos al cielo, como si quisiera observar el cariz del tiempo, ya fijando sus miradas en el suelo, con la expresión de una persona que reflexiona profundamente. La brisa era aún bastante fresca, aunque, desgraciadamente, seguía soplando del Noroeste; pero no era este detalle el que causaba al alférez cierta inquietud. En fin, ¿por qué estaba allí?... Hubiera debido encontrarse en la caseta de derrota. De repente, parecieron cesar sus preocupaciones. El alférez suspendió su paseo, y, muy despacio, negligentemente, después de haberse detenido un segundo ante un grupo de marineros que mataban un buey por el delito de haberse roto las patas durante el temporal, regresó a la caseta de derrota, en donde permanecían sus jefes contemplando por las lumbreras las idas y venidas del oficial.

—¿Qué hay?—preguntó el comandante.

—¡Lo que yo decía! El Bombarda ha escondido un papelito entre dos tablas del puente.

—¡Por qué no nos lo trae usted?

—Porque siempre estaremos a tiempo de quitárselo al que lo venga a buscar.

—¡Perfectamente!—asintió el segundo—. Ahora separémonos; que cada uno de nosotros se vaya a sus quehaceres, como si Bibi siguiese en su calabozo o como si no existiera.

—Yo continuaré en mi puesto, para ver el último acto de la comedia—dijo Kerrousgouët.

Pero cuando iban a separarse llamó su atención la aparición de un nuevo personaje que se paseaba por cubierta, como hiciera poco antes Kerrousgouët, en la misma actitud pensativa y, sin embargo, inquisitiva en ciertos momentos.

El asombro de los oficiales no tenía límites, porque aquel personaje llevaba una toca, la amplia toca de las Hermanas de San Vicente de Paúl, y bajo aquella toca pudieron ver el pálido rostro, de expresión dulce, triste y bondadosa, de Sor María de los Ángeles.

Aquella religiosa, a quien sus superiores enviaban al hospital de Cayena, en donde Sor María, con admirable heroísmo, solicitara servir para estar cerca de los hombres más desdichados del mundo, era querida por todos a bordo: por la tripulación, por los pasajeros y hasta por los presidiarios.

Su carácter afable, a despecho de una tristeza que no la abandonaba jamás; los favores que incesantemente hacía a las familias y a los hijos de los vigilantes; la influencia que ejercía sobre los jefes en favor de los bandidos, que se morían de calor, de hambre y de sed en los calabozos o en las jaulas, y, por último, su belleza, la hicieron pronto popular. Sin embargo, cuando Sor María no conseguía quebrantar la disciplina, era la primera en inclinarse ante ella, por dura que fuese para los desgraciados, que tanta compasión parecían inspirar a aquella santa mujer. ¿Era posible que con estas condiciones y estas virtudes Sor María de los Angeles sostuviese una correspondencia secreta con el infame Bombarda? ¡Y precisamente en el momento en que se sentía la necesidad de tratar con más severidad que nunca a los bandidos!

Tan absurdo era lo que sucedía, que fué preciso que los oficiales lo vieran con sus propios ojos para que lo creyesen.

La religiosa, después de dirigir una mirada a su alrede-

dor en aquella parte de la cubierta, desierta entonces, se inclinó rápidamente, fingiendo recoger un objeto que hubiese dejado caer de sus amplias mangas. Ahora bien; estas mangas, como el gorro del Bombarda poco antes, permanecieron rozando la cubierta el tiempo suficiente para que las manecitas que había debajo pudiesen maniobrar a su gusto.

Cuando Sor María de los Ángeles se levantó ya no tenía aquella palidez que tanto la favorecía bajo las tocas; estaba roja. Se cercioró rápidamente de que nadie la había visto inclinarse, y se marchó desliziéndose por sobre las tablas con una ligereza que parecían aumentar las tremantes alas blancas de sus tocas.

Sin embargo, llegó un momento en que tuvo que detenerse, porque oyó pasos a su espalda. Reconoció al comandante, le saludó y prosiguió apresuradamente su camino.

Nunca había andado tan de prisa Sor María; pero los pasos seguían sonando tras ella. Por esta causa llegó algo sofocada a su camarote, que estaba a popa. Empujó la puerta, y sin volverse quiso cerrarla; pero una mano se opuso a ello y una voz dijo:

—¡Perdone, hermana!

La religiosa volvió a cambiar de color. En aquel momento estaba pálida como una muerta. Miraba al comandante con extraviados ojos y con gran trabajo logró balbucir:

—¿Qué quiere usted?...

—¡El papel que acaba usted de recoger sobre cubierta!

—Yo no... yo no he recogido nada—murmuró, a punto de desmayarse—; le aseguro a usted, mi comandante, que no sé lo que quiere usted decir...

—¡Sí, hermana, y me aterra oírle a usted decir semejante mental...!

Retrocedió como si fuese a encerrarse en su camarote; pero el comandante dió otro paso.

—¡Dios mío!—exclamó Sor María—. No se propondrá usted entrar en mi camarote...

—No entraré si me da usted esa carta.

Sor María retrocedió nuevamente, y el comandante no veía lo que sus manos hacían dentro de sus amplias mangas; entonces tomó una grave resolución y entró decididamente en el camarote; pero dejó la puerta abierta.

La hermana se apoyaba en la pared para no caer.

—¡Escuche usted!—dijo el comandante—. Si no hace usted lo que le pido, si no me da usted esa carta escrita *por un presidiario*, me verá obligado a llamar a otra hermana y hacer que se la quiten a usted a la fuerza.

Sor María no respondió; el otro continuó:

—No es eso lo que usted desea, ¿no es verdad? ¿Pero qué desea usted, en suma, para comunicarse de esa manera con los presidiarios sin nuestro consentimiento... y a pesar nuestro? ¿Sabe usted que eso es una cosa gravísima, que podría tener para usted lamentables consecuencias?

Sus ojos, llameantes de cólera al principio, adquirieron una expresión más dulce.

—Sé lo que debo a su carácter, a la misión que se ha impuesto usted...; pero, Sor María, comprenda usted que hay cosas que yo no puedo permitir. ¡No quiero, no consentiré, por ejemplo, que la *indisciplina tome las apariencias de la caridad!*... ¿Por qué no cede usted?... ¡Tenga usted cuidado!... Pronto me verá obligado a creer en algo

más que en una inconsecuencia de su celo cristiano, hermana... porque después de todo ha mentido usted... ¡Hay que llamar las cosas por sus nombres!... Y para que usted haya mentido... preciso es que tenga usted motivos muy graves... ¡Deme usted esa carta!...

—¡No la tengo... no... no la tengo!... ¡Caballero... se lo suplico... créame usted y váyase!...

Y cayó a sus pies. Sus rodillas golpearon el suelo brutalmente. Pero el comandante no se sentía en aquel momento inclinado a la piedad.

—¡Esconde usted las manos! ¡Enséñeme las manos!... ¿Pero no sabe usted que su actitud me da derecho a pensar muchas cosas?... Desde hace unos días nos esforzamos en averiguar cómo se arreglan los presidiarios para enterarse de todo lo que sucede, de todo lo que resolvemos en contra suya para la seguridad de todos; tratamos de averiguar, por nuestra parte, cómo se comunican entre sí de jaula a jaula, de batería a batería, lo cual les permite trammar una misteriosa conspiración, cuya naturaleza ignoramos, aunque presentimos su gravedad. ¿Quién les entera de todo?... ¿Quién es su instrumento?... ¿Será usted, por ventura? ¡Sor María de los Ángeles! ¡Oh, inconscientemente, quiero creerlo, y para ello necesito ese papel!...

Le cogió bruscamente las manos y se lo arrebató.

Era un pedacito de papel pequeñísimo, en el cual estaban sencillamente escritas estas palabras:

«¡Bibi no ha muerto!»

El comandante, más estupefacto de lo que podemos expresar, leyó en alta voz la breve frase. Inmediatamente la

hermana lanzó un ligero suspiro, se dejó caer cuan larga era en el suelo de su camarote, y se desmayó.

—¿Qué la importará Bibi?—se preguntó Barrachón—. ¡Qué extraño es todo esto!

Llamó a algunas mujeres, que acudieron en el acto y prodigaron a Sor María toda clase de cuidados para hacerla volver en sí. Alarmadísimas, preguntaron al comandante qué era lo que había sucedido; pero Barrachón se alejó, pensativo, sin responder.

¡No! Bibi no había muerto. Todo el mundo lo sabía ya a bordo. Nadie ignoraba ya el espantoso drama, y cuando, ya de noche, subieron misteriosamente del entrepuente unas fúnebres angarillas cubiertas con una lona, todos sabían a qué atenerse acerca de lo que había debajo. Los dos vigilantes asesinados tenían mujeres e hijos, a los cuales, como es natural, no trataron de ocultar por más tiempo su desgracia, y sus lamentos y su desesperación no tardaron en encontrar un eco en la pequeña colonia de familias de vigilantes.

¡Qué de maldiciones contra Bibi y qué terror el de todos! Las sombras de la noche vinieron a aumentar el espanto. Los que podían hacerlo, se encerraban en sus camarotes, pero nadie durmió, y hombres y mujeres permanecieron armados hasta que llegó el día.

¿En dónde estaba el bandido? Puesto que había desaparecido de aquel modo, podría *reaparecer* cuando quisiera. Para él todo era posible. Se le temía como a un fantasma, para quien no hay leyes naturales ni humanas y puede vagar por todas partes sin conocer los obstáculos que se oponen al paso de los hombres de carne y hueso.

Ni los mismos marineros estaban tranquilos. A la hora de la comida no se hablaba en todos los grupos de otra cosa que de aquel singular prisionero que había conseguido *escapar del cepo*. La superstición de los marineros, algunos de los cuales eran bretones, hizo de las suyas, y puesto que «cristianamente» no podían explicarse su evasión, dieron por cierto que el demonio estaba de su parte.

Aunque se había aumentado el servicio de vigilancia y se habían puesto centinelas en todas partes, temían a cada instante que le diese el capricho de cometer un crimen y tornar a desaparecer. El tal Bibi era el *Mal personificado*, y he aquí que ahora se paseaba en libertad por el *Bayardo* con aquella mujer, cuyos ojos tenían la negrura del infierno.

Cuando se abría una puerta, todos miraban medrosamente hacia aquel lado, conteniendo la respiración, y todas las conversaciones cesaban de repente.

Y luego, se escapaba un suspiro de todos los pechos: era el Soponcios que entraba con el rancho.

El Soponcios era el más cobarde de todos; se hacía acompañar al entrepuente por dos amigos armados hasta los dientes, y contaba cosas capaces de hacer temblar al más valiente. Además, creía ver en todas partes a Bibi, y gritaba como un chiquillo al encontrarse ante su propia sombra repentinamente prolongada por la luz de un farol. Llegaba ahogándose, se dejaba caer en un banco, se ponía una mano sobre su corazón palpitante, y jadeaba:

—¡Ah, muchachos... muchachos!... ¡Seguramente era él!... ¡He reconocido sus ojos, allí, hace un instante, en la batería, y luego, nada! ¡Desapareció!...

Arriba, sobre cubierta, no estaban más tranquilos... Lejos de eso, los que se encontraban de servicio o de centinela reconocían igualmente a cada instante a Bibi en las formas más naturales surgidas en la clara noche al pie de las escalas en las toldillas, en el puente, y hasta bajo los pesantes de los botes. Dos marineros ancianos, que parecían embriagarse con su propio terror, pasaron las horas de guardia contándose uno a otro las más estupendas historias de aparecidos. La sombra del *buque fantasma* se mecía sobre las olas, y la del *holandés errante* se deslizaba bajo la luz de la luna.

Sólo en las jaulas dormían en paz y con toda tranquilidad.

El *Bayardo* se encontraba entonces a los 32° 20' de latitud Norte y a los 24° 50' de longitud Oeste del meridiano de París. Había dejado atrás la isla de Madera, y a la izquierda el pico de Tenerife, y abandonando los parajes africanos navegaban en pleno Océano.

CAPÍTULO IV

PÁNICO A BORDO

QUE Bibi hubiese encontrado cómplices a bordo, era una cosa que el comandante Barrachón no tenía más remedio que admitir; pero que Sor María de los Ángeles estuviese complicada en la criminal evasión del presidiario, era lo que no podía comprender. Aunque este último punto del problema le preocupaba extraordinariamente, no quiso perder tiempo en dilucidarlo en el acto. Lo que ante todo hacía falta era coger al bandido, costase lo que costase, vivo o muerto, y después trataría de «explicar lo inexplicable». Para conseguir su objeto, Barrachón estaba decidido a «poner el buque patas arriba».

No entraremos en los detalles de esta expedición, que no dió ningún resultado. Fué inútil que registraran y recorrieran el barco desde los topes de los mástiles a la quilla, y que las patrullas armadas de vigilantes y marineros se precipitasen al fondo de la sentina sedientos de venganza y con el valor que da la desesperación. No encontraron nada.

Hasta vaciaron por completo la sentina. Últimamente